

3. BIOGRAFÍA

«Sin pasado, no tenemos paisaje y vivimos rodeados de la nada»

Rosa Regàs, Entre el sentido común y el desvarío.

Rosa Regàs Pagès es hija del dramaturgo, actor, traductor, director y productor Xavier Regàs i Castells, y de Mariona Pagès i Elias, una mujer culta, muy aficionada al teatro y al arte, que trabajó en la *Fundació Bernat Metge*. Ambos eran laicos y republicanos y su matrimonio nunca estuvo bien visto por sus familias. R. Regàs nació el 11 de noviembre de 1933 en Barcelona, en plena II República Española.

Nuestra escritora ha vivido una historia personal muy pegada a la historia de España y ella misma considera que los acontecimientos importantes en su vida también lo han sido para el país. En su libro *Entre el sentido común y el desvarío*, nos recuerda su infancia. «Todo se genera en los primeros años de vida, incluso en los primeros meses me atrevería a decir». Esta primera infancia, la primerísima infancia, es la que lo recoge todo y desde su punto de vista, la que nos condiciona. En sus primeros años disfrutó del arte y cultura con mayúsculas: su padre escribía obras de teatro y su madre era una gran lectora y hablaba cinco idiomas. De ella, heredó una biblioteca inolvidable y una gran pasión por la lectura.



Rosa Regàs en la biblioteca de su casa

El año de los bombardeos en Barcelona, en 1937, a sus tres años, marchó exiliada junto con su hermano pequeño Oriol a la capital de Francia, París. Allí tuvo la oportunidad de asistir a la escuela pública que en Saint Paul de Vence habían abierto Célestin y Elise Freinet, importantes innovadores de la educación del siglo XX que acogían a niños en situaciones difíciles, entre ellos los huidos

de la guerra de España, y les transmitían su forma de educar, basada en teorías pedagógicas modernas donde lo prioritario era el contacto constante de los niños con la naturaleza, su colaboración en el trabajo escolar y la atención a lo manual, siempre defendiendo la libertad de expresión, la justicia y el laicismo.

Allí permaneció hasta finales de 1939, cuando regresó del exilio recién acabada la guerra civil, a sus seis años. El autoritario abuelo Regàs, partidario del Régimen, envió a Rosa junto a su hermana Georgina, que acababa de llegar de Holanda con su hermano mayor Xavier, al colegio de las dominicas de Horta, donde permaneció doce años más. En 1951 dejó el internado de las monjas para adentrarse en la realidad de un mundo de represión y miedo. Había aprendido del doctor Trens, en Francia, que “no hay libertad sin libertad económica”, y decidió, casada y con dos hijos, matricularse en la Universidad de Barcelona, donde se licenció en Filosofía pura.

Regàs es una mujer valiente que no tiene miedo a hablar de su pasado y a hacerlo en primera persona, como lo hace en su libro *Una larga adolescencia*, retrato autobiográfico de la posguerra española, «época que dejó sin futuro a los perdedores, pero también sin pasado a los ganadores»; unos años cargados de sueños, de esperanzas y, sobre todo, de prohibiciones. Afortunadamente, Regàs consiguió superar éstas para lograr su sueño de adolescente: entrar en la universidad.

Fue allí, en el ambiente estudiantil, donde conoció a grandes poetas españoles de la Generación del 50 como José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Gabriel Ferrater y Carlos Barral, para quien trabajó más tarde, desde 1964 y hasta su quiebra en 1970, en la Editorial Seix Barral, una de las pocas que tenía fama de progresista.

Ese mismo año fundó su propia editorial, La Gaya Ciencia, en la que publicó obras de autores poco conocidos entonces, como María Zambrano, Juan Benet o Manuel Vázquez Montalbán. La editorial, además de provocarle disgustos inútiles, le procuró alimento inacabable para la imaginación y la fantasía. Pero, después de una larga trayectoria como directora editorial y de publicaciones, decidió vender La Gaya Ciencia el año 1983, cuando tenía casi cincuenta años y sus cinco hijos eran mayores e independientes, para procurarse un trabajo que

le permitiera seguir gozando de libertad económica sin tener que ocuparse tanto de números, promociones y competencias. Así fue como a finales del mismo año empezó a trabajar como traductora y editora en la Organización de las Naciones Unidas en ciudades de todo el mundo, empleo que le dejaba muchas horas libres.

Fue entonces cuando Rosa Regàs, que no es en absoluto una persona de una única vocación, se dio cuenta de que la de ser escritora había quedado relegada y amortiguada por otras vocaciones a las que se había dedicado con pasión durante todos estos años; había tenido hijos y plantado árboles, pero al paso que iba moriría sin escribir un libro. De modo que empezó a escribir, y publicó su primera novela en 1991, titulada *Memoria de Almantor*, a la que seguirían diversas novelas más, libros de viajes, memorias y ensayos, de modo que ha llegado a desarrollar una fecunda y exitosa **carrera literaria**. Durante su trayectoria como escritora ha ganado el Premio Nadal, por su novela *Azul*, en 1994; el Premio Ciudad de Barcelona, por *Luna Lunera*, en 1999; el Premio Planeta, por *La canción de Dorotea*, en 2001; y el Premio Biblioteca Breve por *Música de cámara*, en 2013.

De este modo, a lo largo de su vida Regàs ha cumplido también su vocación de viajar y, tal como ella nos cuenta, siempre llevaba el pasaporte encima para coger al vuelo cualquier oportunidad de descubrir mundo. Aun así, nunca ha tenido el sentido patriótico muy desarrollado. Ha vivido en cincuenta ciudades distintas y nunca se ha sentido extranjera, tan solo ahora en Barcelona, ahora que no la llaman para escribir algo nuevo.

En el año 1982 marchó de Barcelona y estuvo quince años por el mundo. Después se instaló en Madrid quince años más y ocupó cargos importantes en el mundo cultural como la dirección de la Biblioteca Nacional. Como ella misma nos cuenta en la entrevista, cometió el gran error de regresar a Cataluña. Actualmente, a sus 87 años, vive en Llofriu, en la Costa Brava, y se dedica a leer a gente que no ha podido leer antes. «A mi edad, lo único que puedo hacer es intentar estar lo preparada que yo querría que estuviera la gente para que el mundo en el que vivimos se convierta en un mundo mejor».